

mo destruyó la renaciente esperanza en un porvenir más tolerable.

Pero aun en medio de aquella perturbación subsistía la paz exterior; acercábase, sin embargo, la hora en que una injustificable temeridad del gobierno ruso había de hacer estallar el espíritu de rebelión, que hasta entonces se había contenido. Durante largos años Polonia había soportado dolorosamente el peso de las quintas, y de sus hijos, diseminados en las lejanas guarniciones del imperio, muy pocos habían regresado á sus hogares. Desde la guerra de Crimea no se había hecho ninguna leva, y además en 1859 habíase dictado una ley que organizaba el sorteo é introducía en la legislación militar algunas de las reglas establecidas en los demás pueblos de Europa. La juventud polaca podía dividirse en dos clases: una, la de los aldeanos, sometidos á su trabajo, pasivamente resignados y deseosos tan sólo del mejoramiento de su suerte material; otra, la juventud de las ciudades, exaltada por toda suerte de apasionamientos, semi-místicos y semi-revolucionarios, y dispuesta á todas las manifestaciones que afirmaran la independencia. Si podía llevarse á cabo una leva militar, prescindiendo de las reglas nuevas y por medio de designaciones que, no dejando nada al azar, escogerían de antemano los reclutas, ¡qué ocasión tan propicia para sacar de Polonia á todos los enemigos del zar! En otoño de 1862 fué adoptada la resolución, pero era tal su carácter de violencia que su ejecución quedó en suspenso durante varios meses; mas al fin, en los comienzos de 1863, creyóse conveniente no esperar más, y he aquí lo que sucedió en Varsovia en la noche del 14 al 15 de enero.

Entre «una y ocho de la mañana» (así dicen los relatos oficiales) los agentes de policía, auxiliados por la fuerza armada, penetraron en las casas de antemano designadas para proporcionar soldados al zar. Habían sido preferentemente escogidos, según se confesó más adelante, todos los que se habían distinguido en los últimos disturbios, y los polizontes se apoderaron de aquellos jóvenes ó, en defecto de éstos, de sus padres, siendo todos ellos conducidos, en las sombras de la noche, á la ciudadela. Y lo que sucedió en la capital aconteció también en las principales ciudades del reino. La autocracia, después de haber dado este gran golpe, juzgó ingenioso encomiar la calma de la población y, ¡quién lo creyera!, la placentera solicitud de las víctimas. «De treinta años á esta parte, decía el *Diario oficial* de Varsovia, nunca se había realizado el reclutamiento tan cómoda y fácilmente. Los quintos, encerrados en la ciudadela, estaban contentísimos y demostraban su alegría por ingresar en esa *escuela de orden*, en el ejército, y reanudar en ella una vida activa y sería después de tantos años pasados en el desarreglo de ensueños perniciosos.»

En el momento en que un publicista asalariado escribía estas líneas, muchos de aquellos para quienes habían sido escritas habíanse substraído á la suerte que se les preparaba; efectivamente, todos los que habían podido escapar á la *razzia*, todos los que se creían amenazados, habíanse lanzado al campo como fugitivos, formándose de este modo varias partidas, aunque sin armas, sin recursos y expuestos á los rigores del clima. En los días siguientes, contra lo que era de esperar, esas partidas aumentaron y aun hubo algunas escaramuzas

en las que vencieron fácilmente los rusos; pero los vencidos se dispersaron para volver á juntarse un poco más lejos. Los nuevos *outlaws*, que este es el nombre que mejor les corresponde, interceptaban los convoyes, levantaban los rieles de los ferrocarriles y cortaban los alambres telegráficos; y cuando se veían perseguidos muy de cerca, refugiábanse en los bosques, en donde la naturaleza de los lugares y la inmensidad de los espacios hacían sumamente difícil su captura. De lo que más escasos andaban era de armas, pues sólo tenían hoces, picas y escopetas de caza, lo cual constituía una gran ventaja para los rusos, que les causaban crueles pérdidas con muy poco peligro. En el curso ulterior de la campaña, esa inferioridad fué la que paralizó todos sus éxitos. Al principio, la sublevación, aunque más grave de lo que al pronto se creyera, estaba todavía muy limitada y los únicos que en ella tomaron parte eran obreros, artesanos huídos de las ciudades, pequeños propietarios, empleados de poca categoría, algunos hidalgos de posición modesta y también algunos sacerdotes. A fines de enero apareció el primer manifiesto de un comité nacional que se constituyó en Varsovia y cuya dominación anónima no es una de las menores extrañezas de aquella insurrección extraña; y á principios de febrero, los rusos hubieron de confesar lo que hasta entonces habían negado, á saber, las vastas proporciones de la rebelión. Las partidas, que habían aumentado de un modo sorprendente y se hallaban menos mal provistas de armas, comenzaron á sostener una verdadera campaña y hasta consiguieron algunas victorias. La más numerosa de todas se componía de 8.000 hombres y era además la más terrible por la ventaja de su posición, porque la vecindad de Galitzia le permitía proveerse de pólvora, de fusiles, de municiones, es decir, de todo aquello que en otras partes sólo á costa de trabajos inauditos hubiera podido proporcionarse. Su jefe era un polaco de origen, ausente del reino desde hacía mucho tiempo, y que acababa de llegar de Italia con algunos compatriotas; se llamaba Langiewicz.

II

Mucho tiempo hace que el nombre de Polonia ha perdido el atractivo mágico que antiguamente ejerciera, y parece como que la Providencia ha dictado su fallo definitivo y que los mismos polacos, felices materialmente, se han doblegado á su destino. Pero sean cuales fueren estas variaciones de las cosas, el tiempo, al modificar nuestros pensamientos, no ha podido quitar importancia á los sucesos que relatamos: el interés no se ha debilitado, sino que se ha generalizado, y actualmente, ilustrados como estamos por todas las posteriores enseñanzas, al través de la Polonia vemos á Europa. La guerra que estalló en el gran ducado de Varsovia nada nos importa desde el punto de vista del resultado de la lucha; pero en cambio nos interesa por la perturbación que introdujo en las alianzas, y por el relajamiento ó la ruptura de amistades que comenzaban á cimentarse. Bajo este concepto aparece fuertemente adherida á la trama general de la historia contemporánea, con la que se enlaza además por las facilidades que proporcionó á los que desde aquella época espían las complacencias de Europa, á fin de aprovecharse de ellas.

Bismarck, de quien siempre habremos de hablar en lo sucesivo, fué el primero en entrar en escena en los asuntos polacos: con atenta solicitud había observado todas las fases de la crisis, siguiéndolas con el doble interés de un copartícipe cuidadoso de la defensa de sus derechos y de un ministro siempre vigilante para impulsar su fortuna. Una previsión, aun no pasando de mediana, autorizaba la creencia de que de las cancillerías de las potencias europeas partirían algunas observaciones favorables á la nación vencida; y grande sería la habilidad del gabinete de Berlín si ofrecía al zar su más caluroso concurso en el preciso momento en que los demás Estados se extenderían en consejos arrogantes ó molestos. Este procedimiento tendría sobre todo valor por el contraste y sería de aquellos que no se olvidan; y los intereses comunes de Prusia y Rusia, cada una de las cuales detentaba una parte de las antiguas provincias polacas, ofrecían un pretexto natural para justificar una negociación aparte. Doce días después del fatal reclutamiento de Varsovia, un ayudante del rey Guillermo, el general Gustavo de Alvensleben, recibió la orden de marchar á San Petersburgo y de insistir cerca de aquella corte sobre la solidaridad de ambas potencias, sobre los peligros que corría el orden público y sobre la necesidad de una acción concertada.

El negociador, apenas llegado á San Petersburgo, había sido recibido por el zar y había encontrado á éste muy desengañado de todas las tentativas de conciliación respecto de Polonia; esto no obstante, decía Alvensleben, como el marqués Wierpolowski gozaba todavía del favor de Alejandro, su influencia podría aún producir un cambio en el curso de las ideas imperiales. El embajador prusiano, en su memoria, llamaba con insistencia la atención sobre aquel estado de ánimo del soberano, porque uno de los principales temores que en Berlín se abrigan era que el emperador se reconciliara con sus súbditos polacos y reconstituyera de este modo la unión de todas las razas eslavas, con grave detrimento de las influencias germánicas. El general, presentándose como mensajero de amistad, había ofrecido de parte del rey, su señor, la ayuda más leal y más desinteresada; la proposición había sido aceptada, bien que con alguna sorpresa, ya que Rusia no creía estar tan enferma; y de aquella entrevista entre el monarca y el emisario había salido el proyecto de un tratado que, en medio de los disturbios presentes, garantizaba la seguridad de ambos Estados. La conferencia se había celebrado el día 6 de febrero, y el 8 el príncipe Gortschakoff y Alvensleben habían firmado el documento, el cual decía en substancia que en los límites de ambas naciones los jefes prusianos y rusos podrían prestarse mutuo auxilio y en caso necesario pasar la frontera para perseguir á los rebeldes. Para velar por el cumplimiento del tratado pactábase el nombramiento de un Estado mayor escogido entre los oficiales de los dos ejércitos.

La diplomacia vióse sorprendida por el precipitado viaje de Alvensleben; pero justo es decir que en seguida adivinó el objeto del mismo. Y cuando la noticia del convenio se divulgó, ni los rusos ni los prusianos lo disimularon, procurando únicamente restringir su significación y sobre todo quitarle todo carácter político. Haciendo el Sr. Drouyn de Lhuys pedido explicaciones al Sr. de Goltz, éste respondió que el objeto del tratado

era mantener la seguridad de las relaciones comerciales é impedir el saqueo de las cajas de la aduana (1). En idénticos términos se expresó el Sr. de Bulberg, embajador del zar en París; y Bismarck, por su parte, no empleaba otro lenguaje, aduciendo consideraciones comerciales, negando los alardes militares de que comenzaban á ocuparse ciertos periódicos y afirmando que la negociación se había inspirado sólo en motivos de policía y en la preocupación de conservar el orden en las provincias polacas de la monarquía prusiana.

Pero, por más seguridades que daban Prusia y Rusia, costábales gran trabajo á las cortes de Londres, de Viena y de París creer que aquel tratado, cuya existencia se confesaba y cuyo texto nadie había visto, fuese cosa indiferente ó inofensiva. Lord John Russell, jefe del *Foreign Office*, puso gran empeño en obtener una copia del tratado, y no pudiendo lograrla, reunió todo cuanto sus agentes le decían, y fundado en estos informes y en las confesiones recogidas en Berlín y en San Petersburgo, censuró públicamente la política del rey Guillermo. Iguales censuras mereció el tratado por parte de Austria, en donde el presidente del ministerio, Sr. de Rechberg, manifestó que la calma de Galicia hacía inútil el alarde de fuerzas desplegado por Prusia, la cual había puesto en pie de guerra tres cuerpos de ejército (2), cuando al gobierno austriaco le bastaban doce mil hombres para guardar sus provincias polacas. Pero en donde más claramente se mostró la reprobación fué en París. El 17 de febrero, el Sr. Drouyn de Lhuys, en un despacho dirigido al Sr. de Talleyrand, representante de Francia en Berlín, protestó muy enérgicamente contra lo que calificaba de «resolución precipitada de Prusia.» «El tratado, añadía, al abrir la frontera á las tropas de ambos países, implica una cooperación militar en un radio vagamente definido... El mayor inconveniente de la política prusiana es evocar la cuestión polaca: hasta ahora la insurrección era local, pero desde el momento en que interviene en el conflicto el gabinete de Berlín, éste no sólo acepta la responsabilidad de las medidas represivas adoptadas por Rusia, sino que además despierta la idea de una solidaridad entre las poblaciones de la antigua Polonia y parece invitar á los miembros separados de esta nación á oponer su unión enfrente de la de los gobiernos.» La crítica que con cierta amargura acababa de formular el ministro de Negocios extranjeros, reprodujola tres días después, en forma de contristado reproche, el emperador, quien, habiéndose encontrado al Sr. de Goltz, le dijo: «Ya sabéis cuánto deseo mantener relaciones amistosas con Prusia. Si Austria hubiese cometido la falta que acabáis de cometer, habríame sido indiferente; pero me aflige en extremo que sea Prusia la que emprenda este camino (3).» El 21 de febrero, el gobierno francés, obrando ya abiertamente, propuso á Viena y á Londres la redacción de una *nota idéntica* que fuese una protesta de las tres potencias contra la política seguida en Berlín; pero Inglaterra y Austria se negaron á asociarse á este proyecto,

(1) Despacho del Sr. Drouyn de Lhuys al Sr. de Talleyrand, de 19 de febrero de 1863 (*Monitor*, 16 de marzo de 1863).

(2) Lord Bloomfield á lord Russell, 12 de febrero (*Correspondence respecting the insurrection in Poland*, pág. 31).

(3) Véase Enrique de Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo II, pág. 512.

aquella por consideraciones al gabinete berlinés, ésta por el convencimiento de que desde el momento en que se había negado á imitar á Prusia había mostrado ya de un modo bastante claro su criterio. De manera que la censura se redujo á observaciones oficiosas. Por otra parte, Bismarck no omitió nada para dar al reciente arreglo proporciones muy modestas, manifestando en distintas ocasiones que el rumor público había exagerado mucho los efectivos puestos en pie de guerra para guardar la frontera, que los rusos sólo podrían penetrar en territorio prusiano inmediatamente después de algún conflicto con los insurrectos, y que los prusianos no podían avanzar dentro del territorio ruso más allá de una jornada de marcha.

En el entretanto, la insurrección se alejaba del gran ducado de Posen y parecía concentrarse más bien en los distritos meridionales del reino de Polonia. El tratado no había sido aún ratificado, y estaba redactado de tal suerte que cualquiera de las partes podía desistir de él en todo tiempo. En estas circunstancias, el gobierno de San Petersburgo tuvo á bien renunciar al beneficio de las estipulaciones pactadas; y ya nadie se ocupó del convenio ruso-prusiano, ó si alguien se ocupó de él fué con cierto acento de burla, como de una cosa que había sido exagerada. Sin embargo, ese incidente, que sólo despertó en los contemporáneos una atención pasajera, preséntase hoy á nuestros ojos con marcado relieve. Desde el comienzo de las complicaciones polacas, Bismarck, fija su mirada más en el porvenir que en el presente, habíase puesto resueltamente al lado del zar, y aunque el acto por el cual se había manifestado esta buena voluntad tenía escasa importancia, ¿qué significaba el valor intrínseco de la ayuda? Aunque el celo del gobierno de Berlín pareciera en un principio algo indiscreto y un tanto excesivo, más adelante San Petersburgo se acordaría con agradecimiento infinito de aquel amigo servicial que se había aproximado á Rusia en el instante mismo en que todo el mundo iba á apartarse de ella. Mediante esta hábil iniciativa el jefe del gabinete prusiano había plantado su primer jalón, y si nuestros padres pudieron dar al olvido el modesto, el insignificante tratado de 8 de febrero, nuestra generación tiene motivos sobrados para recordarlo.

III

La renuncia á combatir el *Tratado prusiano* no significaba la supresión de la cuestión polaca. A pretexto de aquel convenio, habíase librado una primera escaramuza, y al través de la censura á Prusia hubiera podido verse una queja, tímida todavía, que se formulaba en Berlín para que su eco llegara hasta San Petersburgo. A aquella escaramuza iba á seguir un verdadero combate, combate de plumas, pero muy acerado, que si desgraciadamente era impotente para salvar la Polonia, había de ser, en cambio, muy eficaz para trastornar todas las alianzas bosquejadas ó ya establecidas, y para hacer posible lo que Europa había de ver más adelante.

No es temerario afirmar que las primeras agitaciones de Varsovia habían causado hondo disgusto en las Tullerías: Francia, protectora tradicional de la nación vencida, había llegado á ser por interés y por inclinación

la aliada de la nación vencedora. Las reñidas batallas de Sebastopol, en vez de establecer una separación entre los combatientes, habían creado entre ellos vínculos de mutua estimación, que no tardaron en engendrar la simpatía. Los dos gabinetes de París y de San Petersburgo habíanse acostumbrado desde 1856 á proceder de común acuerdo, y esta inteligencia habíase manifestado en la época de la guerra de Italia y luego en la cuestión de los Principados danubianos y en todos los incidentes pequeños de los asuntos de Oriente. Pero Napoleón III, aun en medio de esta transformación de su política, era demasiado generoso y demasiado humanitario y tenía en demasiada estima la opinión de su país para olvidar á Polonia; sólo que en lugar de hacer público su apoyo, habíase dedicado á disimularlo, y dentro de este criterio había consentido que en el Congreso de París no se hablara de la cuestión polaca. Posteriormente, cuando la coronación de Alejandro, había formulado algunas observaciones por conducto del Sr. de Morny, y al año siguiente habíase aprovechado de la entrevista de Stuttgart para aventurar personalmente algunas advertencias; pero aquellos consejos, velados bajo apariencias de halago ó bajo protestas de amistad, habían dado pocos frutos, porque en todo lo concerniente á Polonia, Rusia fingía irritarse, cuando de ello se hablaba en voz demasiado alta, y aparentaba no oír cuando se hablaba en tono demasiado bajo. Puestas en este terreno las relaciones franco-rusas, las primeras manifestaciones patrióticas de 1861 habían parecido en extremo desastrosas, porque colocaban á nuestro gobierno en una situación sumamente perpleja entre antiguos recuerdos que habría sido poco digno rechazar, y una nueva alianza oportuna que comenzaba á solidarse. El protector, para salir de apuros, predicó á su antiguo cliente la calma y la paciencia, y á fin de justificarse á sus propios ojos, invocó el interés de Francia que, después de todo, valía tanto como el interés de Polonia, y aun la conveniencia de Polonia misma, que nada ganaría con la agitación. El día 23 de abril el *Monitor* publicó una nota que «desahuciaba esperanzas tal vez imposibles de conservar,» y contenía, aunque velada por triviales simpatías, la más rotunda negativa de cooperación; y á esta declaración amoldóse generalmente el lenguaje de la prensa oficiosa. De todos los personajes oficiales, sólo uno abandonó un poco esta reserva, el Sr. Duruy, entonces inspector general de la Universidad, quien en agosto de 1861, con motivo del reparto de premios de la *Escuela polaca*, se expresó en estos términos: «Los pueblos inmolados quieren renacer; Polonia resucita.» Mas ¿podía acaso negarse este débil consuelo á unos niños privados de su familia y de su patria? Sin embargo, el sentimiento público se manifestó con cierta energía cuando menudearon las manifestaciones y aumentó el rigor de la represión: «No tenemos valor, escribía el *Journal des Débats* (25 de octubre de 1861), para recomendar prudencia á aquellos á quienes desde hace tanto tiempo se oprime.» Aun en medio de la emoción creciente, el gobierno no cesó de predicar «esa prudencia» que fuera de Francia parecía irrisoria, y se mostró impasible, casi indiferente, hacia la nación vencida, la *nación de luto*, como la llamaba Montalembert. Durante todo el año 1862, nuestro gobierno no se apartó un punto de esta línea de

conducta, y habiendo sido acreditado en París un nuevo embajador ruso, el Sr. de Budberg, Napoleón puso empeño en recalcar con palabras de singular benevolencia la intimidad subsistente entre ambos pueblos: «No tengo motivos más que para felicitar, dijo, de las relaciones que desde hace seis años existen entre el emperador de Rusia y yo, relaciones cuya duración es tanto más probable cuanto que han nacido de una simpatía mutua y de los verdaderos intereses de ambos imperios... He podido, en efecto, apreciar la elevación de espíritu y la rectitud de corazón de vuestro soberano y le he consagrado la adhesión más sincera.»

En tales circunstancias había llegado á Francia la noticia de la razzia disfrazada con el nombre de reclutamiento; y por muy odiosa que fuera aquella medida, el gobierno contuvo su reprobación. En 5 de febrero de 1863, un diputado formuló, con ocasión del Mensaje, un voto en favor de la desdichada Polonia, á lo que el Sr. Billault replicó en términos severos, aunque severos tan sólo para los polacos, negándose á «dar con vanas palabras pasto falaz á pasiones de insurrección,» y añadiendo: «Somos demasiado celosos de la dignidad de Francia para consentir que se repitan durante quince años en un *mensaje* protestas inútiles.» Observóse en aquella época que los periódicos oficiosos publicaban artículos hostiles, pero sólo contra Prusia, pues claramente se veía que se respetaba á Rusia, y si se quería hacer llegar hasta ella algunas verdades desagradables, la censura tomaba un camino oblicuo y se apuntaba al rey Guillermo para que los tiros hicieran blanco en el zar. Tal sucedió después del *Tratado de 8 de febrero*: los despachos del ministro de Negocios extranjeros al Sr. de Montebello estaban redactados en términos cuidadosamente mesurados, y en ellos se invitaba á nuestro embajador en San Petersburgo á recomendar una política de progreso, de conciliación, de calma, aunque sin dar á entender que aquellos consejos pudieran ser el prelude de recomendaciones menos cordiales, pues eran, por el contrario, observaciones de un amigo, de un amigo contristado, pero obstinadamente confiado y que temía ante todo molestar ó ser importuno.

Las primeras palabras acerbas partieron de Londres. Inglaterra no se interesaba más que nosotros por la suerte de la víctima, pero sus relaciones con los dominadores eran menos amistosas; y además á lord John Russell no le preocupaba la cortesía diplomática que tanto gustaba al Sr. Drouyn de Lhuys, sino que, á fuer de buen pedagogo, agradábase convertir en lección cada uno de sus despachos, y de dos fórmulas escogía instintivamente la más desagradable. Finalmente, en el *Foreign Office* se acariciaba un plan de una astucia asaz refinada: la creciente intimidación entre Rusia y Francia había excitado durante aquellos últimos años y en distintas ocasiones un despecho profundo; ahora bien, excitando al emperador para que interviniera resueltamente en la cuestión polaca, había grandes probabilidades de destruir los cimientos de aquella alianza, y si no se salvaba á Polonia, por lo menos se comprometería al vecino de Ultra-Mancha y de todos modos no se habría trabajado en balde. En cuanto se tuvo la primera noticia de la insurrección, la prensa británica mostróse irritadísima, y habiendo sido llevado el asunto al

Parlamento, lord John Russell estuvo tan poco comedido en sus palabras como sobrio de las suyas había estado el Sr. Billault. El día 2 de marzo, en un despacho á lord Napier, formuló los deseos de su gobierno, declarando vigorosamente aquello mismo que los diplomáticos franceses apenas se atrevían á insinuar. Lord Russell proclamaba, en efecto, el derecho de ingerencia de Europa, fundado en los tratados de 1815 que habían prometido á Polonia una existencia autónoma; y partiendo de este principio, pedía una amnistía inmediata y completa y el restablecimiento de las instituciones constitucionales otorgadas en otro tiempo por Alejandro I, con lo cual quedarían satisfechos los polacos y seguramente también la opinión pública. Después de haberse expresado así, el ministro inglés consideró conveniente enlazar fuertemente su acción con la de Francia, y en un despacho oficial de 5 de marzo comunicó sus intenciones al embajador de la reina en París. El jefe del *Foreign-Office* empezaba por hablar desdeñosamente del tratado ruso-prusiano, y una vez despejado de este modo el terreno, planteaba resueltamente en San Petersburgo la controversia que hasta entonces se había sostenido con cierta vaguedad en Berlín: «El gobierno de S. M., decía, es de parecer que las potencias signatarias del tratado de Viena se unan para recordar á Rusia las estipulaciones y la política del mismo (1).»

El día 6 de marzo el Sr. Drouyn de Lhuys vió comparecer en el muelle de Orsay, no á lord Cowley, que se hallaba entonces con licencia, sino al Sr. Grey, uno de los secretarios de la embajada, el cual le comunicó el proyecto de lord Russell de reunir á las potencias en una solemne reunión común. La entrevista no fué larga. «Mañana habrá consejo, replicó fríamente el señor Drouyn de Lhuys sin extenderse en más explicaciones, y tomaré órdenes del emperador.» La proposición británica había de disgustar por muchos conceptos á las Tullerías: en primer lugar, la reclamación había de fundarse en los tratados de 1815 que tan mal sonaban en los oídos del emperador; pero además de esta repugnancia, había de por medio una pequeña consideración de amor propio. En efecto, hacía poco que, á propósito del tratado prusiano, Inglaterra había rechazado sin grandes miramientos el proyecto de *nota idéntica*: ¡cuán lógico parecía, pues, hacer ahora lo mismo con la proposición recibida de Londres! Mas, aun descartados estos motivos secundarios, el plan de lord Russell provocaba tres objeciones principales: la primera se derivaba de la alianza rusa, muy reciente, frágil todavía, y que, dado el estado de Europa, convenía no comprometer. La segunda estaba en la magnitud misma del conflicto: si Rusia rechazaba las reclamaciones, ¿se recurriría á las medidas coercitivas, se llegaría hasta la ruptura, hasta la guerra? Inglaterra rechazaba de antemano estos recursos extremos; pero en tales condiciones, ¿qué interés podía ofrecer la alianza con una potencia que declaraba su voluntad de detenerse á medio camino, en el punto preciso en que Europa encontraría la humillación y Polonia el aumento de sus males? Por último, aun suponiendo que las cosas se llevaran

(1) Véase *Correspondence respecting the insurrection in Poland*, págs. 60, 61 y 67.